

SECCION EXTRA—MED

LA CABALA

Dr. Pablo Iñiguez

Hace unos días, en un ambiente muy informal, un amigo afirmaba que la palabra "cábala" era un "cibaeñismo". Para hacerle ver su error de manera compasiva, le dije que el término "cabaloso", muy usado entre nosotros, no aparece en el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, sino que está 'cabalista', para señalar al que profesa 'la cábala'.

Por su parte, 'cábala' viene del hebreo 'qabbalah' y por su etimología significa 'tradición'.

El término tiene diferentes acepciones: 1. Tradición oral que entre los judíos explicaba y fijaba el sentido de los libros del Antiguo Testamento, tanto en lo moral como en lo práctico, en lo místico y lo especulativo. 2. Práctica supersticiosa de algunos judíos, consistente en valerse de anagramas, transposiciones y combinaciones de las letras hebraicas y de las palabras de la Sagrada Escritura, con el fin de descubrir su contenido. La cábala servía de fundamento a la Astrología, la Nigromancia y demás ciencias ocultas. 3. Cálculo supersticioso para adivinar una cosa. 4. Intriga, maquinación. 5. Conjetura, suposición.

Esto justifica la frecuencia con que se usa el término, con intenciones parecidas a las descritas.

Pero antes de llegar a los judíos, vale la pena revisar las condiciones que precedieron al surgimiento de la cábala.

La necesidad de contar ha tenido que manifestarse en todas las culturas y civilizaciones por primitivas que hayan sido. Aunque se menciona casos de tribus salvajes que sólo podían contar hasta tres, es fácil suponer que los 5 dedos de una mano, los 10 dedos de las dos manos y los 20 dedos de las cuatro extremidades, pudieron servir de orientación para realizar nuestras operaciones aritméticas primitivas.

De ahí se deriva nuestro sistema decimal actual y los mayas basaban el suyo en el número 20. Vale la pena señalar que el decimal facilita muchas operaciones, pero el veinte es divisible por más números que el 10 (10, 5, 4 y 2).

Los babilonios en sus inscripciones cuneiformes, nos dejaron su forma de contar señalando las unidades con un signo parecido a la coma y representando los grupos de 5, de 10, de centenares y de millares mediante diferentes símbolos.

Los griegos originalmente usaban un sistema similar al

de los babilonios, pero luego tuvieron la idea de asociar la representación de números con letras, dándole a éstas valores determinados que expresaban con más facilidad el contenido de las cifras numéricas equivalentes.

Por otra parte, el sistema griego tenía también limitaciones impuestas por el número de letras. Los romanos encontraron problemas similares con sus números en letras, que sin embargo han llegado hasta nosotros.

Nuestros números se derivan de los árabes y por esa razón se denominan arábigos. Con ellos se abandonó la mezcolanza de letras-números y las actividades relacionadas con esos cálculos y combinaciones quedaron reducidas a la interpretación de los libros sagrados y otros procedimientos esotéricos, pero sin participar en las operaciones aritméticas de todos los días.

Sin embargo, hay un número que merece una mención especialísima, pues encierra una de las grandes paradojas del lenguaje científico, y que escapó a la percepción de los grandes matemáticos griegos.

Me refiero al "cero" que para algunos podría significar "nada", pero cuya introducción constituyó uno de los grandes pasos de avance en la representación de los números.

Sabemos que procede de la India donde nació con el nombre de "sunya" que significa "vacío".

Los árabes lo adoptaron y lo llamaron "sifr" con el mismo significado. De ahí nace nuestra "cifra" y de "zefirum" viene "cero".

Penosamente, como ha ocurrido en otras ocasiones desafortunadas, el nombre del genio hindú a quien debemos esa proeza, ha quedado en el olvido.

Los judíos han hecho grandes aportaciones en todas las ramas de las ciencias y de las artes, pero en las épocas a que nos estamos refiriendo, no encontramos un judío que alcanzara en el estudio de las matemáticas la estatura de los griegos. Esto lo confirman muchos nombres ilustres, de los cuales sólo mencionaremos a Pitágoras, Euclides y Arquímedes.

Por otra parte, la enorme influencia del sentimiento religioso de los hebreos en esa etapa evolutiva del pensamiento matemático, es tan notoria como en cualquier otro aspecto de la vida de ese pueblo.

Las combinaciones de los valores de números y letras, como ya se ha visto, encontraron su mayor aplicación en el afán incontenible de estudiar la palabra de Dios y tratar de

entender su significado.

Al llegar a la época del Nuevo Testamento, se instala todo un sistema de interpretación de esas interacciones que recibió el nombre de Gematría. Salta a la vista, sin embargo, que el término es una derivación deformada de la Geometría de los griegos. En la actualidad, su equivalente se conoce con el nombre de Numerología.

Son famosos algunos episodios que ponen de manifiesto lo que se ha dicho en los párrafos anteriores. Los griegos, por ejemplo, expresaban el número 15 mediante las letras representativas de 10 y 5, pero al pasar el sistema a los judíos, resultó que las letras correspondientes a 10 y 5 eran las indicativas del nombre de Dios y eso constituía un sacrilegio. Como consecuencia, el número 15 en hebreo fue representado por las letras equivalentes a 9 y 6.

En el Apocalipsis, último libro del Nuevo Testamento, llamado también Libro de Revelación de San Juan el Divino, hay un ejemplo de este tipo de ejercicio numérico que ha alcanzado mayor fama que casi todos los demás.

Siempre ha habido dificultad para interpretar el contenido del mencionado libro de San Juan, pero eso es una simple consecuencia de la intención del autor. San Juan era un activista clandestino, opositor de los romanos, y para evitar ser crucificado por comisión de alta traición, escribía de modo que sólo sus compañeros podían entenderlo con

claridad. Hay que notar que esto ocurría unas pocas décadas después de la primera gran persecución de los cristianos por Nerón y todavía el peligro de ser capturado era muy grande.

En el capítulo 13 habla de las bestias con poderes diabólicos y en el verso 18 dice: "He aquí la sabiduría. Aquel que tenga comprensión que cuente el número de la bestia, porque éste es el número de un hombre y su número es seis cientos, tres veces veinte y seis".

De ese modo, el número de la bestia es el 666 y mediante los procedimientos mencionados, correspondía a las letras de "Nerón César".

Pero al igual que con los horóscopos y todos los juegos de combinaciones y cálculos con letras y números, se puede obtener el mismo valor de 666 para los nombres más variados.

Los judíos se lo han aplicado a varios Papas y lo mismo se hizo con Mahoma; en tiempos de la Reforma, los católicos se lo aplicaron a Lutero y así sucesivamente.

No hace mucho tiempo se llevaron al cine con los títulos OMEN y OMEN II, unos dramas de acción, religión y superstición, basados en el número de la bestia y la identificación del anticristo que debe aparecer en estos momentos. No debe sorprender a nadie, que obtuvieron un gran éxito de taquilla.